



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 16 Abril 1914.-Número 16.

Sucursal:  
Rivadavia, 987  
Buenos Aires

COMENTANDO LA HUIDA

## QUÉDATE

Vives muy mal en tu tierra, ¿no es cierto, Juan Español? Tus campos no te rinden lo imprescindible para vivir. Tu comercio no marcha. Tus brazos de jornalero no hallan ocupación remuneradora. Tu taller sucumbe falto de encargos. Tu empleo, pésimamente pagado, te ocupa las horas mejores del día, impidiéndote la busca de suplementos necesarios.

Y has pensado en marcharte. ¿Adónde? Más allá del Atlántico. Hay países de nombres evocadores, de nombres que suenan a plata. Son jóvenes. Están poco poblados. Poseen enormes riquezas naturales, necesitadas de valorización. Trabajando con ahínco se puede vencer en ellos, domeñar a la fortuna, clavando las ruedas de su carro vertiginoso.

Muy bien. Pero ¿cuál elegirás? ¿Cuba? Es casi yanqui. Pasaron los tiempos en que los españoles veían en ella, no obstante el vómito negro, la tierra de promisión. Hoy, la vida en la perla antillana es cara y difícil. El emigrante, si halla faena, no ahorra, y arrastra una existencia monótona y dura en pugna con la miseria sofocante. ¿Brasil? Un delegado oficial de nuestro Gobierno, el señor Gamboa, fué a ese país inmenso y riquísimo y escribió un informe que espanta. ¿No has oído hablar de las célebres *fazendas* brasileñas, donde el peón vive peor que las bestias, esclavo, sujeto al látigo del cómitre, fuera de toda ley, sin ninguna garantía, sin ningún apoyo, despreciado y escarnecido? En esos infiernos no hay médicos, ni autoridades, ni derechos, ni otra cosa que la bárbara codicia del amo. Se golpea y mata a los hombres, se atropella a las mujeres y nadie se preocupa de castigar la infamia. Los abogados y los jueces viven muy lejos. Para litigar se necesita mucho dinero. Es más sencillo y hasta ventajoso callarse...

¿Irás a Panamá? Aún queda trabajo en las obras del istmo. Pero Panamá es peor que las *fazendas* brasileñas. Las trincheras de Culebra y las mamposterías de Cucaracha tienen entre su argamasa resistente, más que piedras, huesos de españoles. Pocos fueron, entre los compatriotas nuestros que emigraron allá, los que expiraron, privilegiados de la Muerte, en los hospitales de Colón-Aspinwall, teniendo cerca un enfermero que les diese agua. La mayoría han parecido en in-

mundos barracones, sobre la tierra infecta, que hercía de sabandijas, careciendo de todo socorro...

¿Irás a las islas Hawai? Recuerda la tragedia del *Willesden*, los niños agonizantes en la cala de un barco negrero, los cadáveres arrojados al Atlántico y al Pacífico, la desesperación de las madres campesinas, viendo cómo se abría la gran tumba oceánica para recibir a sus hijitos, nacidos en la Andalucía riente... Y no olvides que en el archipiélago donde muriera Cook, los plantadores yanquis y japoneses miran a los peones españoles como seres abyectos, dignos sólo del látigo y la injuria socz. Viéndoles llegar de tierra tan remota como España, abatidos, miserables, sin recursos, les equiparan a los *coolies* chinos. Y les tratan como tratarían a éstos.

¿Irás al Sur de África? Recientes sucesos han demostrado que los boers autónomos ven en los trabajadores inmigrantes seres inferiores a los bechuanas, makalolos y basutoe. Quieren que, por jornales de hambre, trabajen de sol a sol en los campos de café, azúcar y algodón, y también en los campos de oro y diamantes. Y no les reconocen ninguna ciudadanía, y los expulsan violentamente cuando no se resignan al abuso.

¿Irás a Bolivia, al Perú, a Méjico? No te lo aconsejaría. En este último país odian a los gachupines, que es como llaman a los españoles, y los cuelgan de los árboles, formando con ellos humanos racimos. En los otros no hay trabajo, y si muchas inseguridades y no pocos peligros. Y no es cosa de que te brinden para martirizar a los desgraciados salvajes del Putumayo por cuenta del capitalismo limeño y londinense.

¿Irás a Argelia? Rebosa de españoles. Sólo en la provincia de Orán pasan de ochenta mil. ¿Irás a Marruecos? Hay guerra en las dos zonas, y la competencia económica de diez millones de marroquíes, con los que no han contado nunca nuestros Maestros, esterilizaría tus esfuerzos.

\* \*

«¡Ab!—me dirás—queda la Argentina. He leído a Blasco Ibáñez y sé que tiene ocho millones de habitantes y puede mantener a 300.»

Es verdad. Queda la Argentina: pero si vas a ella no tardarás en arrepentirte. La Argentina sufre hoy de una crisis de crecimiento que pasará, pero que, mientras pasa, arruina a los naturales y a los que emigran a sus territorios. Las noches de Buenos Aires son verdaderamente trágicas. A lo largo de las soberbias calles

de Rivadavia y Victoria, en los alrededores del Palacio del Gobierno, junto al edificio del antiguo Congreso, en los soportales de la catedral, en los solares sin edificación de las avenidas diagonales, millares de desgraciados, casi todos europeos y muchos españoles, hombres, mujeres y niños, duermen sobre las frías losas ó sobre la tierra encharcada, después de haber vagado todo el día, de fábrica en fábrica y de escritorio en escritorio, en busca de trabajo. Más de diez mil artesanos y otros tantos dependientes de Banco, almacén, tienda detallista y oficina carecen de empleo. Y en las ciudades del interior y en los campos, la situación no es más halagüeña. Quebraron quince Bancos. En 1913 suspendieron pagos muchos comercios, dejando un pasivo de 200 millones de pesos, y en los meses de Enero y Febrero de 1914, los quebrantos comerciales registrados significan una pérdida de cincuenta millones más. El año pasado hubo sequía. Este año hay langosta. Los campesinos que se fueran a vivir a los desiertos, a chacras vírgenes y que se resignaran a habitar en chozas inmundas, a disputar la cosecha a las vizcachas y al *colorado*, a comer zapayos (calabazas) y choclos (espigas de maíz) y a vestirse con andrajos, no pudieron, no ya ahorrar unos duros, mas ni siquiera pagar su deudas corrientes. Restringido el crédito personal, rebotantes de ofertas los mercados de brazos, centenares de miles de infelices, desesperados, recuerdan la patria ausente con remordimiento doloroso. Y siguen llegando emigrantes engañados por las agencias de transportes y deslumbrados por el áureo brillo de las leyendas argentinas. Bien es verdad que son más los que se marchan. El 8 de Marzo pasado desembarcaron en Buenos Aires, procedentes de Europa, 1.120 ilusos. El mismo día embarcaron, con rumbo a diversos puertos de la otra banda del Océano, 1.926.

No vayas a la Argentina, Juan Español, mientras no te enteres de que ha pasado la crisis. Aquella hermosa tierra es de gran porvenir; pero su presente sólo te ofrece miserias inenarrables.

\* \*

—¿Y qué hago?—objetarás.—La existencia se me hace imposible en España.

¿Qué has de hacer? Quedarte. ¿Para morir? En buena hora. Siempre es más dulce expirar en la patria que fuera de ella. Y si tu instinto vital se revela contra ese fin prematuro, mira en torno tuyo, concuértate con tus iguales en desgracia, y lucha. España será lo que sus hijos quieran que sea. Es, según tú, casi



un infierno, y sin embargo tiene condiciones para ser un paraíso relativo.

\* \*

No te vayas. La emigración es una protesta, pero también una huida. No seas cobarde. Aprieta los puños, alza la cabeza y pon tus ánimos al compás de tu gesto rebelde.

FABIAN VIDAL

## Sevillanas

La mayor desgracia que puede acontecerle al hombre que tenga siquiera un grano de sentido común, es la de verse obligado a pasar la Semana Santa en Sevilla.

No bien acaban las campanas de las innumerables iglesias de la capital de anunciar con sus descompasados sonos la entrada de la semana de pasión, cuando el cura abandona el templo y se hace dueño y señor de la calle por solo el derecho de la fuerza.

A su imperioso ordeno y mando se suspende la vida entera de la población; el tráfico comercial se paraliza y una legión inmensa de frailes, curas, beatas y beatos de todas castas irrumpen en la capital, invadiéndolo todo.

Desde este momento es imposible entenderse en esta Babel clerical.

Los redobles de tambor semejantes a cañonazos krups, resuenan por todos los ámbitos de la ciudad anunciando la salida en procesión de las imágenes; la masa enorme de caraduras se desparrama en algarazas infernales por el centro de la capital obstruyendo las principales vías, y ya no puede darse un solo paso sin tropezar con el interminable cordón de estas aparatosas cofradías, cuyas imágenes recargadas de oro y de valiosa pedrería, desfilan ante un pueblo, en su mayoría misérrimo y hambriento, que las contempla con una especie de frenesí rayano en la demencia.

Formando coro a esta turba imbécil (y a hacer resaltar este hecho se encamina principalmente esta crónica) se encuentra periódicamente un numeroso contingente de obreros: unos atraídos por la curiosidad de presenciar el paso de las imágenes; otros por fervor a tal o cual santo; algunos que, al echarle en cara su filiación antireligiosa, os contestarán que su presencia en aquel sitio obedece simplemente a estar acompañando a sus parientes; otros por fanatismo religioso; y todos elaborando un eslabón que añadir a la cadena que ha de unirlos al yugo de la Iglesia, que es el yugo del capital.

Toda la labor de emancipación que realiza el obrero en el Centro y en el mítin durante el año, la desbarata él mismo en una hora; en ésta en que hace acto de sumisión a la Iglesia.

Y no se diga que sólo practica este acto de sumisión el obrero que se despoja de la honrada blusa del trabajo para

vestir la túnica de penitente (vestimenta indigna de hombres viriles); lo ejecuta igualmente todo aquel que, aunque sólo sea por mera curiosidad, se suma a la muchedumbre ignara que acude a presenciar el paso de las imágenes.

¿Y qué diremos del obrero que lleva de la mano a sus hijos a formar parte del séquito clerical?

Este es el más indigno de todos, puesto que, en vez de inculcar en el tierno cerebro de sus hijos ideas de redención y de progreso, para formar con ellos hombres libres y útiles a su patria, tiene nada menos que a perpetuar en su prole el régimen de esclavitud en que él vive sometido, como consecuencia lógica de su fanatismo religioso.

Por muy optimista que uno se considere; por mucha confianza que se tenga en el porvenir de esta desgraciada nación, a la vista de esta clase de espectáculos como el de la Semana Santa en Sevilla, el ánimo queda perplejo, dudando de que, por lo menos la generación actual, logre desechar el sedimento de fanatismo y de barbarie que en el transcurso de los siglos ha ido depositando la Iglesia en el cerebro de estos ilotas.

¿Qué responsabilidad para aquellos que, colocados a un nivel intelectual superior al del pueblo, en vez de orientar a éste por el camino de la ciencia y del progreso, ponen sus pérdidas plumas al servicio de la reacción!

¡Hay que ver la prensa local en estos días! A excepción de alguna que otra noticia relativa a la asquerosa afición de los toros, el resto del periódico está dedicado a hacer el caldo gordo a la clergalla.

Retiremos la vista de sus columnas y apartemos el estómago con asco de tanta inmundicia.

E. GIMÉNEZ MONROY

10 Abril 1914.

## Por la redención de cautivos de la Iglesia

### Ideas sueltas

A la llamada que tiempo atrás se hizo en EL MOTIN han respondido algunos eclesiásticos y seculares aplaudiendo la idea de congregar y organizar los cautivos de la Iglesia dispersos por el mundo, unos retenidos en su seno con las amarras de la necesidad, y otros paseando en la vía pública el sambenito de la miseria y de la excomunión.

José Ferrándiz en *El Radical* de Madrid y Fr. Gerundio en *El Diluvio* de Barcelona, han repetido el toque de llamada en sendos artículos explicando y razonando la necesidad y objeto de la asociación en proyecto.

Y para que no quede todo en simples teorías y no sea esto un nuevo castillo en el aire, y para demostrar el movimiento andando, por mi parte designo y

voto un comité organizador encargado de congregar los dispersos, de reunir fondos y de estudiar los medios de llevar a cabo la constitución legal de la Sociedad.

Este comité en Madrid lo constituyen: Don José Ferrándiz, publicista, como presidente.

Don Félix Cencerrado, propietario, como tesorero.

Don Juan Navarrete, licenciado en Teología y en ambos Derechos, como secretario.

La correspondencia puede dirigirse al señor Ferrándiz, Redacción de *El Radical*.

En Barcelona, debe constituirse una Delegación del Comité nacional.

Para ello diríjanse a *El Diluvio*.

En otras regiones, todo se anulará.

Todos estos señores llevan ya muchos años de emancipación de la Iglesia: han batallado toda suerte de batallas: han logrado sustraerse a la ola de la miseria y al cebillo tentador de la Iglesia.

De su conciencia conocida y probada, de su energía y seriedad, y de sus convicciones acerca de la transcendencia del objeto que se busca, cabe esperar que tendrán en el grado necesario y más, la discreción y la constancia conducentes al caso.

Esto por parte de los varones.

Por parte de las hembras, estamos tratando de constituir comités semejantes, de cuyos trabajos finales, aunados y armonizados, habrá de resultar la futura junta mixta, para rescatar cautivos de Jesús y redimir esclavas de María.

Desde ahora pueden comenzar a andar estos comités en busca de personas, de recursos y de reglamentos para que la sociedad sea lo que debe ser, a saber: un instituto de higiene nacional, un lazareto para los dañados de la peste eclesiástica, un asilo para los fugitivos, un amparo para sus víctimas y un noviciado que prepare para ser hombres y mujeres honestas y cabales, a los que fueron mutilados, baldados y desfigurados por la educación clerical.

Precisamente en estos días recibo del Presidente de la Asociación francesa, similar a esta, la comunicación en que notifica los progresos de aquella, que se ha constituido ya definitivamente en *Sociedad de Socorros Mutuos* con todas las de la ley y ha creado un órgano oficial, con el título de *Bulletín Mensual de L' Unión des A. P. C.*, (antiguos presbíteros católicos). En su número de Abril publica el Reglamento votado en su Asamblea de 22 de Marzo. Quien tenga interés en consultarlo lo hallará en París, 1 rue du Pont-de-Lodi. (VI).

Este reglamento puede servir de cierta norma, pues en sus artículos se ve la experiencia lograda durante los años que lleva de vida aquella sociedad.

En España no se está para tanto; antes de asegurar la asistencia de enfermos y las pensiones de vejez e invalidez, hemos de concretarnos a la asistencia de



los sanos, de los jóvenes y de los hábiles, para que no caigan en aquellos abismos.

Para esperar *andando*, y dar ya señales de vida antes de nacer, el Comité mixto de Madrid ha logado que una señorita de las futuras asociadas, instale en su casa una habitación relativamente independiente, á disposición de los naufragos que se encuentren en la calle.

Porque deben saber el señor Nuncio de Su Santidad y los liberales, que en Madrid, apenas pasa mes, y aun día, sin que alguno de esos que la Iglesia llama por apóstrofe *reverendos*, se encuentre durmiendo en la calle recibiendo las reverencias de gatos, perros, ratones y demás cortesanos del abandonado.

Si á la habitación se puede luego añadir un cocido, será ya algo: será la semilla que habrá de extenderse.

Pues es curioso que la Iglesia levanta asilos magníficos para meretrices, para gitanos, para pestilentes, para paralíticos, para salvajes y paganos; pero á sus siervos y cautivos, les trata como perros mostrencos y reniega de ellos santamente. En vez de atender á sus víctimas, simula interés por las ajenas.

Pero... he aquí el problema.

¿Qué van á hacer los eclesiásticos con esta sociedad?

Los unos, combatirla á sangre y fuego, como antaño combatieron á la *Asociación Sacerdotal*, que llevaba objeto parecido.

A estos les diré de antemano:

—Acordáos de Corbató y del P. Ors.

Estos fueron enemigos mortales de la asociación: fueron los campeones de la Iglesia contra los asociados. A los diez años, ambos maldecían sus furores. El Padre Ors, ya no es confesor de las aristocráticas damiselas de la Corte, sino estreptoso adversario de la Iglesia en los Estados Unidos. Corbató, que pidió nuestra condenación al Papa y obispos, ha sido condenado. ¡Acordáos, señores Zelotes y aprended! Y procurad no escupir al rostro de la sociedad que habrá de ser madre vuestra, cuando la vuestra os abandone y persiga. Ors era confesor de Nocedal. Corbató era el profeta del carlismo. Aprended, carlistas é integristas.

Detras de estos que gritarán, vendrán los *neutros*, los *vividores*, los *adaptados*, los *amorales*, aquellos del «*dame pan y llámame clérigo*». Estos nada tienen que ver con nuestro proyecto: están bien donde se hallan.

Vendrían á «*vivir*» y á prolongar en este campo la holgazanería y el parasitismo clericales, quizás por no hallar ya jugo bastante en el seno de la Madre Iglesia.

Ferrándiz y Fray Gerundio han tratado ya este punto: no se trata de crear un asilo para delincuentes, ni de formar una banda de mendigos. Queremos buscar protección para el hombre digno y laborioso, que sólo en el trabajo puede dignificarse completamente. Queremos restituir á la humanidad los padres que

le han sido robados y al pueblo los obreros que le han hurtado.

Es una sociedad benéfica, de igual índole que la de Trata de blancas, que la de protección de emigrantes y que la de redención de esclavos.

Esto habrá de ser traducido al reglamento en forma de artículos que cierren el paso á los indignos, y estimulen á los miedosos.

¿Qué harán con esta sociedad los seglares?

Es este un punto escabroso.

El clérigo es un tipo social caricaturesco por naturaleza, y grotesco en todos sus movimientos, semejante al *hombre que ríe* de Víctor Hugo. El mundo seglar tiene por él, ó adoración ó asco. Y aun para tratar de redimirse, halla difícilmente quien lo tome en serio, ó quien se atreva á afrontar el ridículo de apoyarle.

Está visto, pues, que sólo puede confiarse en los espíritus superiores en criterio y en corazón.

Para pulsar esta opinión y tentar el terreno, me he permitido tomar el nombre de la futura Asociación á propósito de un caso particular que ha ocurrido.

Fué, pues, el caso que á raíz de publicar la primera llamada, se recibió en la Redacción de EL MOTIN una instancia diciéndome en concreto:

«Soy fugitiva del convento tal... Me llamo cual. Pido la protección y asistencia de la sociedad, para defenderme de cualquiera atropello y para buscarme ocupación honesta.»

Lo de la protección era cosa fácil, pues en el pueblo abundan los pechos generosos y los puños fornidos y dispuestos. Lo de la asistencia... era otra cosa, pues el dinero lo da sólo el generoso que lo tiene, y el que nace tal se queda pronto con la generosidad y sin dinero.

Me dirigí, pues, á algunas de aquellas personas que por su ostentación social y profesional pueden considerarse obligadas á abrir su mano á tales casos. El resultado ha sido sorprendente. Ya veremos si conviene hablar de ello para que sepamos todos á qué atenernos, y llevar su premio los buenos y el castigo los malos, según recta justicia.

Pero, dejando intacto este punto hoy, y dando las gracias á los *protectores*, á alguno de los cuales hemos tenido el inefable gusto de rechazarle parte de su óbolo excesivo, pues ahora más que de reunir un gran donativo se trataba de formar lista de donantes; esto aparte, sepan unos y otros que en el mundo seglar hay quien repercute á esta iniciativa con entusiasmo.

Entre ellos figuran dos caballeros que al recibir la petición se ofrecieron á hacerse cargo de la fugitiva; y otro que se apresuró á venir á ofrecerle una plaza de obrera en cierto taller, lo cual fué admitido, y ya está colocada.

Un grupo de amigos de cierta provincia costean los estudios á otra religiosa

fugitiva, en cierta escuela Normal, para que tome el título de Maestra.

De modo que la cosa está en marcha. Pero urge el organizarla, reglamentarla y legalizarla.

Yo me atrevo á proponer al estudio de los comités estos puntos

El objeto final inmediato de la sociedad ha de ser la redención de los cautivos de la Iglesia.

Este fin es, de suyo, medio para otros cuatro fines: 1.º, cerrar esta vía migratoria abierta en España, con respecto al trabajo y al Derecho universal. 2.º, constituir un organismo el más resistente contra la Iglesia por ser cuña de la misma madera y espectáculo vivo y perenne de la desastrosa acción eclesiástica, que tenga en parada continua la legión de sus víctimas, como ella hace parada con sus hospicianos y sus asilados. 3.º, forzar á la Iglesia á moderar su esclavitud, con la amenaza de sus esclavos á salir de ella; y 4.º, dar á la salida de la Iglesia de esos esclavos la solemnidad que ella da á las *conversiones* de disidentes, para rechazar la fuerza con la fuerza.

Si esto parece bien, estúdiense la forma de traducir estos pensamientos á artículos reglamentarios y prácticos.

Y basta por hoy, pues ya que el señor Nakens ofrece EL MOTIN como órgano de esta acción, volveremos sobre ello.

Vaya, señores clérigos: *¡prompan filas!*

Y señores seglares: ya que no beséis la mano y sandalias de los desertores, celebrad cuando menos que renuncien á ser un peligro para vuestras hijas y para vuestras bolsas.

S. P. O.

## Miscelánea

El general de los insurrectos mejicanos, Emiliano Zapata, hizo prisionero al obispo de Quilapa (Estado de Guerrero) y le amenazó con crucificarle el viernes Santo si no le entregaba 25.000 duros.

Inmediatamente el prelado, que es rico, escribió á su familia para que le enviase cuanto antes aquella cantidad. La recibió, la entregó y fué puesto en libertad. No lo entiendo.

Un obispo á quien se le presenta ocasión de morir como el divino Maestro y precisamente el mismo día que á él lo crucificaron, parecía natural que al oír la sentencia hubiera caído de rodillas para dar gracias al Señor por sacarle de este misero valle de lágrimas de tan regia manera.

Yo, por lo menos, así lo hubiera hecho, si me encuentro en su caso.

Verdad es que, como no lo he sido nunca, ignoro la manera de pensar de los obispos en sus relaciones con la vil materia.

Leo en los periódicos que se distinguen por su patriótica energía al condenar la guerra, que España *se salva si*



a guerra termina, y siento no participar de sus optimismos.

Si hoy acabase por arte mágica la guerra, experimentaría el enfermo algún alivio en su dolencia, pero no se salvaría por eso. No es la que padece enfermedad de las que cura la medicina, sino la cirugía.

Un automóvil ha destrozado á otro niño en Madrid, y otros dos desencuadrado á dos hombres.

Sería de lamentar que la repetición de estos accidentes, hiciera surgir algún día en el cerebro de los que van á pie, la horrible idea de privar por medios violentos á los dueños de automóviles del sacrosanto derecho de hacer cadáveres en la vía pública.

En Lérida ha condenado el Juzgado municipal á quince pesetas de multa, pago de costas y tres días de arresto á un individuo por haber proferido una blasfemia, y á otro á cinco pesetas de multa, pago de costas y un día de arresto por no haber querido descubrirse al pasar el Viático.

Los dos fueron denunciados por el coadjutor de la parroquia de San Lorenzo.

Recomiendo para una parroquia decente á ese coadjutor que hace tuyas las ofensas dirigidas á su Dios y se interesa de paso por la prosperidad de los Juzgados municipales.

Las recompensas justas están ulan.

¿En qué se diferencia el clerical que pide el exterminio del que discute á su Dios, del republicano que se enfurece cuando discuten á su ídolo?

—Absolutamente en nada.

Una revista madrileña, *La Ilustración Financiera*, dedica su último número al centenario del Greco, y publica grabados interesantes de Toledo, impresos con el exquisito gusto artístico que pone en todos sus trabajos.

Al pie de uno de los retratos, leo:

Don Baldomero Moraleda  
[concejal católico obrero.

Me ha hecho mucha gracia lo de concejal católico, como lo de obrero católico.

Siguiendo esta racha de anteponer el dictado de católico á todos los que determinan la cualidad ó profesión del individuo, no desconfío de ver un día al pie de otros retratos:

Don Justo Ladrón  
usurero católico.

Don Juan Sacamantecas,  
presidario católico de Ocaña

Angel Sarasa,  
esteta católico de Cádiz.

A las seis de la mañana del viernes último estaba yo viendo pasar las gentes que se dirigían á la calle de la Princesa

en que está la capilla donde se exhibe la *Cara de Dios*.

¡Qué alegres y animadas iban! Hombres, mujeres, niños, de todas edades y condiciones, exhibiendo sus ropas más lujosas, sonreían, reían, bromeaban, á pretexto de que hace veinte siglos, allá por tierras de Judea crucificaron á un hombre.

Me hubiese parecido más propio del aniversario que se conmemoraba, la melancolía en el espíritu, la tristeza en el rostro, algo que denotase pena, dolor, amargura...

Pero pensé en el aguardiente, los buñuelos y los churros en perspectiva, y me expliqué que tenga partidarios la fe que acaba en borrachera.

La peor autoridad es la del número. Si hay una clase de opiniones que puedan merecer todas las consideraciones, todos los respetos de la humanidad, son las opiniones individuales. Las demás ya se defienden por sí solas, y todo lo que de ellas puede temerse es que nos opriman.

CLEMENCE ROYER

## La defensa de Jehová

Estos últimos días se ha visto en Palma de Mallorca un proceso significativo. Se trata de un joven obrero quien, en un mitin republicano, pronunció estas palabras: «Si Jehová detuvo el Sol para que Josué acabase de consumir su obra de rapina y de asesinatos, Jehová era un ladrón y un asesino.» La vista de la causa pareció un curioso anacronismo ó una producción histórica interesante.

El jurado absolvió—no sé si debo decir «naturalmente»—, y he aquí una notable ocasión para el comentario.

La defensa de Jehová, el temible dios bíblico, no es una cosa banal en nuestros tiempos. Un judío de pura sangre y un buen calvinista no habrían procedido mejor. La persecución religiosa, ya tan abominable por sí sola, cobra una actitud nacida de la propia divinidad odiosa que pone al servicio del dios de Moisés. ¡Oh memoria de D. Emilio Castelar y de sus fáciles antitesias declamatorias entre el Dios del Sinaí y el Dios del Calvario!

Siempre he creído profundamente inmoral, doctrinariamente inmoral, la creencia en un Dios responsable, todopoderoso, autor directo del mundo y de la humanidad, divinización del mal, en una palabra: siempre he creído definitiva aquella exclamación de Stendhal envidiada por Nietzsche: «La sola excusa de Dios es que no existe». Pero, en cambio, cada día estoy más convencido de que la verdadera superiorización de los hombres consiste en formarse una idea subjetiva de divinidad, en ideal y purísima inexistencia, un reflejo de lo que hay de mejor en nosotros, á la inversa de aquellos dioses orientales y rojos que eran

reflejo de las barbaries de tribu y de las matanzas de conquista. Cada ídolo tiene, como imagen que es, el sello de las manos que lo formaron; el rastro del cincel. Los hombres torjan los dioses á su semejanza. Aspiremos, pues, á construir nuestro talismán ó *fetiche* de civilizados, para que se refleje como en un espejo colocado en el cielo lo que haya de divino en nuestra ciudad. Hagámoslo como una obra de arte, como nuestra epopeya celestial, como nuestra *comedia divina*... Y démosle como superior excelencia una completa irresponsabilidad en la inmensa maldad del mundo...

Creemos que en vez de ser un creador de hombres es una emanación sutil de todas las bondades, un aroma de flor de todos los heroísmos. Y así como ha habido hasta ahora una secreta ley de influencias entre hombres y dioses, por la cual los dioses participaron de la brutalidad de los hombres que los imaginaban, y los hombres participaron de la crueldad de los dioses que los crearon, habrá un día, quizá, otra nueva corriente de influencias por entre la nueva idea divina, entre todas las ciudades y todos los hombres. Y las ciudades extinguidas iluminarán aún como un sol, como el eterno dios-sol, la actividad de las generaciones sucesivas.

Pero dejemos ya toda filosofía poética. Quiero dedicar el artículo de hoy á felicitar al digno Jurado de Palma de Mallorca y á hacer notar, por otra parte, esa dolorosa persistencia del espíritu inquisitorial. La Iglesia no puede hoy obtener del «brazo secular» una cooperación que dé efectividad de castigos á los anatemas y excomuniones; no puede castigar la propaganda de la heterodoxia, porque esto equivaldría á barrer el paso á la ciencia, á la ciencia en bloque; pero se vale de pequeñas denuncias locales, odios de campanario, para obtener contra los ciudadanos humildes lo que no puede obtener contra los grandes adversarios.

Ved á ese ciudadano procesado en Mallorca; trabajador misero, que ha conseguido á duras penas emancipar el espíritu bajo la ineducación interesada en que le mantiene nuestra sociedad. Ese espíritu no puede hacer más que batir el ala inexperta bajo el deslumbramiento de los grandes espacios acabados de entrever; las verdades se le aparecen en toda la simplicidad candorosa y efusiva de los infantes, vírgenes á toda sutileza. Es el espectador humilde que se intriga al paso de la mascarada humana; y el viejo judío que reía en el pecho de las multitudes, se escandaliza y rasga farisáicamente las vestiduras...

¡Ah, no! La palabra del obrero emancipado será tosca, ruda, brutal si se quiere; pero es la prenda del esfuerzo de rebelión individual, de esa rebelión que produce todas las genialidades y renueva el valor de todas las cosas. En el fondo, la acusación contra el obrero irreverente une ese obrero á la larguísima tradición de los Galileo y de los Giordano



Bruno, de los Servet y de los Vanini. El impulso es el mismo, si no es igual el resultado. Hay un sólo quijotismo espiritual, un sólo frenesí: contra los molinos de viento ó contra los gigantes; por las Dulcineas ó por las Maritornes...

Precisamente, contra ese idealismo nuevo, se observa hoy un desesperado esfuerzo de defensa materialista, por parte de la gente eclesiástica; un cúmulo de insanias, coacciones, verdaderos ataques al artículo 11 de la Constitución, ya tan desvirtuado por otros conceptos. ¿No podríamos nosotros exigir, por represalias, el cumplimiento de forzar á un ciudadano por medio que castiga con cárcel y multa, el acto de forzar á un ciudadano por medio de amenazas, violencias ú otros «apremios ilegítimos» á ejercer actos religiosos? ¿Cómo podría entonces ejercerse impunemente desde los pulpitos, desde lo que se llama por irrisión «buena Prensa», y, sobre todo por instrumentos de esas artes secretas en la que son tan maestros los hombres de la clerecía, cómo podría ejercerse aquel «boycot» contra el incrédulo, aquella conspiración contra la vida placida del excomulgado, para negarle el pan y el agua, la habitación y el abrigo, el honor y la tumba, el placer de la familia y la relación humana?

Quiero cerrar este artículo con la misma nota de su principio. Un pobre trabajador inocente, según el Jurado, fué denunciado por gente eclesiástica como culpable de escándalo contra la ley mosaica exactamente como hizo Jesucristo ante el Sanhedrin. Se le acusaba de haber increpado por sanguinario al Jehová de los israelitas. Pues bien: abrimos como meditación del momento, raro ejemplo, el capítulo XXI del libro segundo de Samuel, ó sea el segundo desde los reyes de la Biblia católica. Y leímos esta espantosa relación, demasiado poco conocida y á la que debo desde la infancia una educación de honor.

«1. Y en los días de David hubo hambre por tres años. Y David consultó á Jehová y Jehová le dijo: Es á causa de Saul y de su casa de sangre, porque mató á los gabaonitas.

2. Entonces el rey llamó á los gabaonitas y les habló.

3. Dijo, pues, David á los gabaonitas: ¿Qué os haré y cómo expiaré para que bendigáis la herencia de Jehová?

...5. Y ellos respondieron al rey: De aquel hombre que nos destruyó y maquinó contra nosotros para exterminarnos y no dejar rastro en todo Israel,

6. Dadnos seis varones de entre sus hijos para que los colguemos á Jehová.

7. El rey dijo: Os los daré.

...8. Tomó el rey dos hijos de Rispa, hija de Ajá, que había tenido en Saul; y cinco hijos de Michal, hijo de Saul, que había parido en Abril.

9. Y los entregó á manos de los gabaonitas y éstos les hundieron en la montaña, ante Jehová; murieron todos

juntos, precisamente en la época de la siega, cuando empieza á segarse el ordio.

Tomando entonces Rispa, hija de Ajá, un saco, lo extendió sobre una peña, desde el comienzo de la siega hasta que llueva sobre los cadáveres agua del cielo; y no dejar que las aves del cielo se pusieran sobre ellos durante el día, ni las bestias del campo durante la noche.»

GABRIEL ALOMAR

El raciocinio de Gamaliel es invencible. Si una doctrina es verdadera, no hay por qué temerla; si falsa, menos aún, pues caerá por sí misma. Los que hablan de doctrinas peligrosas debieran siempre añadir: *para mí.*

E. RENAN

## Protesta justificada

El ayuntamiento de Barcelona acordó que concurriese la banda municipal á tocar en la procesión que iba á verificarse para llevar la comunión á los enfermos de San Andrés.

La Casa del Pueblo del distrito 5.º protestó dirigiendo al jefe radical del Municipio la carta siguiente que copio de *El Progreso*:

«Esta Junta directiva, en reunión de ayer acordó dirigirse á usted como á jefe que es de la minoría de nuestro partido, para testimoniarle el profundo disgusto que ha causado á esta entidad que sólo 9 votos de radicales y nacionalistas se opusieran á que concurriera la banda municipal á la mojiganga que celebran los reaccionarios de San Andrés.

Como que á renglón seguido de este acuerdo se tomó otro que sancionaron 25 votos de radicales y nacionalistas, nos ha sugerido esta apatía por parte de nuestros concejales la idea de recordarles, que no sólo les hemos mandado al Municipio para que defiendan intereses, si que también principios é ideas, y siempre sobreponiendo éstas á aquéllas.

No dudando que como á concejal que es por este distrito y como jefe de la minoría de nuestro invicto partido en el Municipio, se hará intérprete de nuestro sentir, cumpliendo así la idea de nuestro maestro que las iniciativas vayan de la periferia al centro. le desean salud, República y Autonomía. —Por la Junta directiva.—El presidente, *Felix Roure.*»

Si cada vez que un concejal ó un diputado republicano falta á su deber, hubiera quien le llamara al orden como ha hecho el distrito 5.º de Barcelona con esos ediles que han olvidado el suyo, no ocurrirían en el partido muchas cosas que lo desacreditan ó lo avergüenzan.

## Mañanas claras de Abril

Cuentan que Barbey de Aurevilly acostumbraba á escribir con tinta de cuatro colores. Empleaba la tinta negra para las descripciones sin importancia, la roja en las frases vibrantes, la azul para la divagación sentimental, y la verde para la pintura de paisajes. Yo suelo escribir, ya lo sabéis, con tinta roja y

caliente como mi sangre. Algunas veces, sin embargo, el líquido de mis escrituras es negro. Es que mi pluma se embadurna y se envisca con frecuencia en el fango tubrío de las angustias y de las mesquicias humanas. Hoy escribo también yo con las cuatro tintas de Barbey; con tintas de colores múltiples, variantes y plurales; con tintas robadas al iris y al prisma y al sol y al mar y á la paleta de Guido Reni ó de Paolo Cagliari; con tintas con que se podrían pintar abanicos, porcelanas, mantones de Manila, capas de santos, colas de pavones y de quetzales, logias vaticanas, rosas de Preeste, cielos latinos y mujeres en la gloria plena de un desmayo carnal. Creedme lo que digo.

Esta mañana me he levantado pronto. Me he vestido riendo. Me he lavado cantando. Mientras me peinaba, he recitado un soneto magnífico de José María de Heredia y otro de González Anaya. Muy bello éste también. Luego, le he dado gracias á Dios por haberme hecho loco, y cogiendo un libro al azar, entre mil que había por las mesas, por las sillas, por el suelo, por los rincones todos de mi habitación, he salido de casa.

¡Qué día, santo Jove! ¡Qué día, oh divina Helena, oh estrella Alfa del Centauro! ¡Qué día de Resurrección y de Pentecostés y de Corpus Christi! ¡Qué cielo celtibérico, qué aire paradisíal y qué sol besador y prodigador de caricias! ¡Qué metáforas del Ramayana y de Las mil y una noches! ¡Qué adjetivos homéricos y qué decires clásicos! ¡Qué gusto y regalo de vida! ¡Qué sol que quita el hambre y la sed! ¡Qué sol de miel y de azúcar! ¡Qué sol confitado! ¡Qué sol de bodas y de juntamientos! ¡Qué sol de juergas y de quermeses! ¡Qué sol que endereza, que devuelve la dignidad, que hace odiar el trabajo!

Y sin embargo, ved. Millares de niños—montones, montones—se están pudriendo como tomates en un cesto en el fondo oscuro de escuelas infectas. Los estudiantes—juventud hidrocefala—han entrado como ayer en las aulas. Los mercaderes no han abandonado sus tiendas. Infinitas muchachas se inclinan en este momento sobre la costura, sobre la mesa de planchar, sobre los hornos de las cocinas y sobre las piedras de los lavaderos. Los trabajadores, al oír la voz de la campana ó del silbato, se han enjaulado mansamente por sí mismos en el taller, en la fábrica. Ved todavía. Sólo yo he salido á pasear, á gozar del don olímpico, de la gracia divina de esta mañana. Sólo yo. Y... ¿estoy loco? Pues por muchos años.

Andandito. Esta calle... ¡Ah! sí. ¡Pasa una mujer rubia! Pues mira ya se va enterando la gente de que hace buen tiempo, de que por una hora como ésta se puede penar ochenta años. Canta, primavera, canta.

Pasa una mujer rubia, dije. ¡Oh tesoros de Karún! ¡Oh minas del Transvaal, por las que se encienden las guerras! ¡Oh coronas de reyes! ¡Oh toda de oro!



¡Oh perfecta! ¡Oh lira de David, que adormecías y encantabas al león Saúl!

Ahora, es una morena. ¡Oh anémonas de Nerón! ¡Oh mejillas pálidas! ¡Oh Aba, virgen de bellas caderas, hija del desierto, amante de Antares, por quien lucharon entre sí largo tiempo todas las tribus de Arabia! Una rubia, una morena. Ahí tienes lo que te hacía falta. Escoge entre las dos. Ya está: a la rubia, a la rubia... después de la morena.

Sigo deambulando. Al cabo de un rato, entro en un parque municipal y me siento debajo de un tilo (unter...) Saco del bolsillo el libro cogido en casa al azar. Curiosidad de saber cómo se titula. Miro el tejuelo, abro. Mueca de chasco y de enojo. Ya lo he leído, ya lo he leído. No me gusta. ¡Qué lástima! Pero, ¡ah! ¡ah!... hay un capítulo, hay dos capítulos... No hay libro absolutamente malo. Pues este de que hablo es «El Político», de Azorín. Y los capítulos que decía, son el XXI, el XXII y algunos de los que les siguen. Trátase en ellos de D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y de su trágico fin. Se ha dicho que Azorín había retratado en ese libro a Maura; y que había comparado a éste con el arrogante ministro de Felipe III. ¿Sí? ¿Se le parece, en efecto? Pues que lo ahorquen como a D. Rodrigo.

La mañana es como fiesta de paganidad. La Primavera es como pintada por Botticelli. El cielo es como de apareamientos y de revelaciones y de glorias de elegidos y de santos. El sol es como una hostia de oro en las manos de Cristo. La mujer rubia y la mujer morena son como dos hostias de carne, como dos panes divinos, como dos sacrosantas especies eucarísticas, como dos corderos Pascuales, para una comunión de voluptuosidad y de transportes eróticos servida por serafines.

Canta, primavera, canta.

ANGEL SAMBLANCAT

Precisamente porque creo en la evolución perpetua de la humanidad y en sus formas incansables, odio todos los marcos y todas las reglas en que quieren encerrarla a viva fuerza, y odio todas las fórmulas con que se la define, todos los planes que para ella se sueñan. La democracia no es la última palabra, como no lo fué la esclavitud, ni el feudalismo ni la monarquía... Aborrezco todo lo que es obligación, toda ley, todo gobierno, toda regla. ¿Quién eres tú, ¡oh sociedad!, para obligarme a hacer lo que a ti se te antoje? ¿Qué Dios te hizo mi dueño?

FLAUBERT

## EL GATO NEGRO

Siempre había oído decir yo, Sebastián Gil, que un gato negro trae la suerte, y puse empeño en tener uno.

Pero como el que tiene un gato negro no quiere venderlo, la adquisición era muy difícil. Lo anuncié en los periódicos.

«La persona que desee vender un gato negro puede dirigirse a don Fulano de Tal, calle Tal, número tantos, que lo pagará bien.»

Nada: no acudió nadie; y por aquel entonces mis negocios iban muy mal y necesitaba mejorar de fortuna.

Un día, al cruzar Madrid de un lado a otro para resolver muchos negocios urgentes, vi un gato de piel negra y brillante sentado a la puerta de una carbonería.

¿Qué me cuesta preguntar si quiere venderlo? me dije, y dirigiéndome al carbonero, que con su cara tiznada parecía un rey moro, le pregunté:

—¿Quiere usted venderme el gato?

Sin vacilar respondió:

—No hay inconveniente.

—¿Cuánto quiere usted por él?

—Cuatro duros.

—Como éstos.

Le di cuatro duros; el gato fué encerrado en un saco y llevado a mi casa.

Gran alegría en la familia. La suerte se nos entraba por las puertas. Todo iba a cambiar, según aseguraba la cocinera, que era medio gitana.

Sin embargo, aquella noche se le pegó el arroz y al bajar a buscar los postres rodó por las escaleras y se rompió un brazo.

—Mala entrada ha tenido el gato— dijimos.

Y la cocinera observó:

—Todavía no está hecho a la casa; es menester que lleve dos ó tres días...

—¡Ah! Bueno.

Al día siguiente vino a vernos un pariente lejano y estando de visita le dió un patatús y se quedó muerto encima del brasero. Mientras acudíamos a él, se metió un desconocido en la antesala y me robó la capa.

Pasamos todo aquel día ocupadísimos en declarar, vestir al muerto, buscar manera de enterrarle... Toda la semana aquella fué molesta.

Y apenas habíamos descansado de las emociones sufridas, la criada cayó en cama con las viruelas. Hubo que sacarla en una camilla y llevarla al hospital y pagarle la asistencia... ¡Una delicia!

En esto, un sobrinito mío se bebió por equivocación un frasco de cloral que habían traído para que yo durmiera, y a poco se muere. Estuvo durmiendo el angelito siete días con siete noches y cuando despertó se comió los garbanzos de toda la semana.

Pocos días después recibí un telegrama de mi tierra anunciándome que una viña que tenía en pleito había pasado a manos de mi adversario. Y a mi primo Pepe que vivía conmigo, limpiando su revólver se le escapó un tiro y la bala le atravesó el ojo derecho.

—¿Sabe usted, me dijo un amigo, que el gato negro le ha dado a usted un gran resultado?

—¡El gato!

Con tantas desdichas lo habíamos olvidado. Y allí estaba, en la cocina, sen-

tado al sol y mirándome con la mayor indiferencia.

—Llévese usted ese gato enseguida— le dije a la cocinera...

—Calle usted, por Dios— exclamó Anselma dando un suspiro.—¿No sabe usted lo que pasa?

—¿Qué?

—Que no es gato. ¡Es gata!

Me quedé con la boca abierta.

—El señor, sin duda, no se fijó al comprarlo.

—¡No, ni el vendedor me dijo nada!

—Pues ahí tiene usted. Los gatos negros traen buena suerte; pero las gatas negras traen mala pata.

—¿Sí, eh?

Cogí el gato y lo arrojé al jardín; le vi desaparecer por detrás de la tapia... y en aquel momento oí gritar:

—¡La lista grande!

—¡El gordo! ¡El gordo!—repetía todo el mundo en mi casa.

Y al oír estas palabras eché a correr escalera arriba para esconderme en las guardillas.

—¡El gordo!

—¡El gordo!

—¡A cualquier hora espero yo a semejante personaje!

—¿Saben ustedes quién es el gordo en mi casa?

¡El casero!!

\*\*

Así decían las memorias de mi amigo Sebastián, pobre, cesante y supersticioso.

EUSEBIO BLASCO

## RECUERDO SIMPATICO

Un administrador de casas ha desahuciado de la existencia a un inquilino que no había podido pagarle. El dice que lo *suprimió* en defensa propia.

Mientras los tribunales ponen en claro cómo fué, aconsejo a cuantos tengan algún recibo pendiente que lo recojan, ó se pongan en estado de defensa en cuanto divisen al casero.

Desahuciar del cuarto al que no paga, podrá ser en ciertos casos cruel, pero no ilegal. En cambio, desahuciarlo de la vida pareceme que es ya abusar un poquito del sagrado derecho de propiedad.

Si dan en esto, habrá que ir pensando en imitar a los ciudadanos que habitaban una casa de vecindad en los barrios bajos allá por los años de la revolución de Septiembre y que eran casi todos milicianos nacionales.

El dueño de aquella casa, como otros muchos, cobraba por semanas é iba los domingos, día que los vecinos dedicaban a limpiar sus fusiles. Un día llegó a la hora en que estaban entregados a su patriótica faena, y comenzaron cual de costumbre a soltarle pullas; mi hombre se enfurruñó un poco, y dirigiéndose sin contestarles a la escalera para comenzar la recaudación por el quinto piso.

La divina Providencia, que algunas veces vela por el pobre y el desvalido,



consintió que en aquel momento se le escapase un tiro á uno de los milicianos y ¡cuál no sería la sorpresa de todos al ver salir hacia la calle al casero, á un paso que hacía presentir los automóviles, sin meterse en más averiguaciones ni volver siquiera la vista atrás; sorpresa que fué en aumento al no volver á verle en todo el día, ni en ningún otro de la semana!

¿Qué más quisieron saber? En cuanto asomó el casero la nariz el domingo próximo, comenzó una de tiros que ni en la reciente batalla de Alcolea; y calcúlese la prisa con que escaparía, el que huyó como alma que lleva el diablo al escuchar un tiro solo el domingo anterior.

La alegría y la algazara de los vecinos no tuvo límites; cantaron, bailaron, bebieron, acabando por tomar este acuerdo: dedicarse todos los domingos al ejercicio del tiro espontáneo; acuerdo que cumplieron fielmente, hasta que al cabo de dos ó tres meses las autoridades, que á lo mejor coartan plausibles iniciativas, tomaron cartas en el asunto, y quedó nuevamente restablecida la antipática normalidad.

¿Que si se resucitase ahora aquella moda, no se impondría tampoco? Si solamente la adoptasen los vecinos de una casa, claro es; ahora, si la adoptásemos los de todas, ya sería otra cosa.

Pero tranquilícense los caseros: la escena no se repetirá; entre otras razones, porque han subido tanto el precio de los cuartos, que no hay posibilidad de que los vecinos ahorren para comprar, no digo ya un fusil, ni un alfiler.

## Sinceridad

Es un espectáculo triste el de nuestros días. La mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad. El vicio gana á los hombres y á las mujeres, á los ancianos y á los niños. La vanidad desvanece el cerebro. Hipócritas y fatuos, embusteros y degradados, corremos tras miserables fines de parajero goce.

Invadidos por la epidemia del escepticismo más repugnante, pisoteamos la conciencia, despreciamos la personalidad. Todo es igual si cuidadosos aparentamos cualidades que ni nosotros mismos ni nadie nos reconoce.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos á la maldad. Nuestra educación política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra efectividad, todo, absolutamente todo, descansa en ese compromiso.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión de la realidad que se impone por doquier. Contemplamos á un hombre cualquiera, sean las que fueren sus ideas y sus sentimientos, y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. Los escépticos declarados se confiesan ó se excusan. Quién se ex-

cusa se acusa, lei no sé dónde. Los que tienen ó parecen tener ideas, aspiraciones, velan lo mejor posible su propia insania. Provocados y os enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral, del idealismo trascendente, de la política rancia, todo el mundo se entrega á las más bajas pasiones. La ambición se desborda: ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza; egoísmo raquítico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los sentimientos, al servicio de la pasión. Es menester «arrastrarse para subir, como hacen las orugas, á lo largo de una estaca». «En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar de cansancio y reposo; no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general.»

Se miente religiosidad, se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad: la cucaña tentadora, la cucaña política, la cucaña de la riqueza, la cucaña del renombre, la cucaña del aplauso: he ahí todo. Hay que trepar aunque sea arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepad, pues, hombres del día. Trepad los que aspiráis á gobernar, los que queréis dirigir, los que soñáis con brillos de efímero deslumbramiento; trepad los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepad los que os creéis elegidos, predestinados á una hegemonía literaria, política, científica ó social; trepad todos á porfía que la masa estulta os ayudará placentera, creyendo ó aparentando creer en vuestras promesas de gloria ó bienestar ó de grandeza; en vuestros mentidos servicios; en vuestra necia superioridad.

Que mientras trepáis no faltarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera. Una vida sencilla, honesta, sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá del estrépito de todas las cucañas al venirse al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez, es la fuerza de un mundo que se adelanta á los tiempos, que viene á todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social y purificar la conciencia de los individuos dotándoles del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del

común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso ó indiferente, egoísta ó desinteresado, blanco ó rojo, sabio ó necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario ó del amigo, la mano del héroe ó la mano del sabio, la mano del necio ó la mano del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza no aparentemos una piedad que no se siente, una religiosidad que no pasa de los labios; tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto á la vida honesta y sencilla, á la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, abiertamente franco y no blemente desinteresado. Volvamos, sí, á las costumbres modestas, á las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencia, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en plena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad.

Llamemos á todas las puertas, forcémoslas, si es preciso; que nuestra personalidad se ofrezca á la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso á la sencillez, á la independencia y á la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen á fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tericamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños si es necesario. Que la verdad sea el cautiverio implacable de todas las llagas que nos apestan, asfixiándonos en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.

R. MELLA

## “Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

**LA RELIGION**  
**AL ALCANCE DE TODOS**  
**Una pepita.**



# EL MOTIN



--Con cien pesetas para el equipo y el compromiso firmado de dejarla en esta santa casa hasta los veintiún años, nos comprometemos  
á que su hija trabaje todo ese tiempo para nosotras

Ayuntamiento de Madrid



## El privilegio del fuero

Hace pocos días se presentó en la Redacción de *El Diluvio* una señora preguntando por mí, y dando muestras de visible inquietud y angustia. Era una mujer joven, vestida con elegancia; en sus ojos había visibles muestras de llanto reciente: miraba con inquietud y recelo á todas partes.

—Perdone usted—me dijo—estoy avergonzada y nerviosa... Es la primera vez que pongo los pies en una Redacción de periódico avanzado. ¡Si me viese mi familia!.. En casa no entran más diarios que esos llamados *buenos*, y en los cuales no hallaría seguramente apoyo para lo que deseo... Nadie más que usted podría hacerse cargo de mi situación... Estoy en una situación desesperada... No sé qué hacer, ni qué partido tomar... Quisiera morir.

Y las lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Vaya, tenga ánimos y no se desaliente... Cuénteme lo que le pasa... Todo, menos la muerte, tiene remedio en este mundo.

—¿Todo?... Pues escuche usted á ver si lo hay para esto. Hace un año, con ocasión de haber asistido con mi familia á la colocación de la primera piedra de un colegio monjil, conocí á un sacerdote cuyo nombre revelaré á usted si es necesario, que también había sido invitado á este festejo. Era hombre de unos cuarenta años, bien parecido, de formas corteses y agradables y no desprovisto de ilustración; su conversación era amena, atrayente, impregnada de cierta mística de sabor mundano, sin que en sus palabras y conceptos hubiera nada que fuera reprochable é impropio de un correcto sacerdote. Trabó amistad con mi familia, cultivó mi trato de un modo especial, fui su penitente predilecta, después su confidente y amiga, y por último, y usted comprenderá lo doloroso que para una mujer es esta confesión, su amante. Los coloquios místicos, los afectos espirituales se trocaron en cariño material, y de peldaño en peldaño mi alma bajó hasta lo más abyecto y degradado. Conseguí su fin, aquel hombre se quitó el antifaz que llevaba para uso de la sociedad y de la Iglesia, y se me mostró en toda su repugnante desnudez: era un cínico, un libertino, un corruptor, un hombre sin fe y sin conciencia, escéptico, volteriano, cuyo único ideal era satisfacer sus pasiones y apetitos. El edificio ideal de místico y fervor religioso que había fabricado para seducirme se desplomó por completo, y oí de sus labios las negaciones más rotundas, los conceptos más escandalosos, las blasfemias más horribles. Mi fe, mis creencias, se disiparon como una burbuja de jabón; la Iglesia, el culto, el sacerdocio aparecieron ante mí como una farsa indigna; en mi corazón quedó un vacío horrible, y aquél hombre hizo de mí cuanto quiso y le convino, pues quedé convertida en

sus manos en un autómatas sin voluntad y sin conciencia. En mis relaciones con él han naufragado mi honor, mi dignidad, mi sensibilidad de mujer, los más elementales principios de honradez y de probidad... He llegado hasta á robar dinero á mis padres... ¡Qué vergüenza!

—¿Por qué no cortaba aquellos vínculos? ¿Por qué no huía usted de él?...

—No podía, ni tenía fuerzas para ello... Estaba loca, fascinada, sin voluntad ni fuerzas para cortar aquel yugo... Un día noté con espanto la presencia de un tierno ser en mis entrañas... Creí volverme loca... Fui á buscarle á su casa... Le referí mi espanto, y él se encogió de hombros: «Eso es cuenta tuya—me dijo». Le expuse el escándalo que sobrevendría, la desesperación de mis padres, la deshonra que hacía caer sobre mi familia, pero nada pudo conmoverle. «Si me culpas á mí, nadie te creerá, pues mi fama está bien cimentada, y te expones á verte envuelta en un proceso por calumnia... Toma cualquier cosa y desembarázate de ese estorbo... Y si no te atreves escóge á uno cualquiera de esos zánganos que te hacen la corte, juguetea un poco con él y cárgale el mochuelo. De mí, hija, no esperes nada, pues yo nada puedo hacer, ni mi estado me lo permite. Y créeme, *por ahora* no conviene que nos veamos.» Inútil es decir á usted que toda mi indignación de mujer ultrajada y de madre salió á mis labios, y le increpé con dureza, como se merecía, trocándose en odio y repulsión el afecto que antes me inspiraba.

Le amenacé, le insulté: él se sonreía con desdén. Le manifesté mi decisión de acudir á la Prensa, de dar un escándalo de publicidad á su delito: inútil todo. «Lo que sabemos nosotros—dijo—entonces lo sabría todo el mundo. ¿Y cómo que soy el autor? La Prensa clerical me defenderá, y la otra, si habla, las denuncias y procesos la obligarán á callar: no la temo. Nosotros tenemos el privilegio del fuero: un tribunal civil se tentaría mucho la ropa antes de tomar contra mí la más mínima determinación». Salí de allí anonadada, confusa, y por eso he venido á buscar á usted. ¿Qué podemos hacer contra ese hombre?...

—Nada. Usted tendría que sostener esa denuncia, y nosotros seríamos denunciados por injuria y calumnia, y seguramente condenados. Se trata de un clérigo, y contra la Iglesia no hay razón jamás en este desgraciado país. Ese privilegio del fuero que su seductor citaba no existe de hecho, pero sí de derecho. El Código no reza para los criminales con sotana; el santuario sigue gozando del derecho de asilo, y las infamias realizadas por gentes con hábito, llevan siempre consigo la impunidad más escandalosa. Casos como el de usted han desfilado delante de mí numerosas veces; con la indignación en el alma y la hiel del despecho en el corazón, no he podido darles publicidad; tenemos una mordaza en la boca y una pluma encadenada por el fiscal, á gusto y órdenes de la Iglesia. Con

todo el dolor de mi alma se lo digo: no podemos hacer nada.

—¿Pero no hay justicia en la tierra?

—Para los demás, sí; para el cura, el fraile ó la monja, no. La cárcel y el destierro es el escudo que protege sus fechorías... Todavía está en vigor el privilegio del fuero... Si lo duda, haga la prueba y se convencerá.

FRAY GERUNDIO

## El incrédulo

Mal piensan los que creen que el Hombre necesita tener creencias, porque la religión es como un freno á sus malas pasiones é instintos perversos. ¿Por ventura la conciencia de cada cual no es suficiente para que uno pueda seguir el camino honrado de las buenas acciones?

El que sabe, con inteligente reflexión, apartar de sí toda superstición ó idea de fe en lo incierto, y libre de inverosímiles preocupaciones ve la vida y sus cosas con la sana clarividencia del ser consciente, es, á mi entender, quien mejor puede obrar, guiado únicamente por la innata bondad de su corazón y la instintiva rectitud de su carácter; pues no hay duda, que sin las malas orientaciones dadas á su joven sentir, sin las mil falsedades inculcadas en su alma cuando niño, el Hombre no hubiera llegado al deplorable estado actual de su mente alocada, falto ahora de sentimientos propios, perdido en un mar de confusiones, constantemente inclinado á la mentira y á las tentaciones deshonorosas.

Si tal desconsolador resultado ha sido la obra de las creencias religiosas, ¿quién va ya desde hoy á pretender que precisa al individuo el respeto y el temor del culto á una divinidad cualquiera para que éste pueda guiar sus pasos por el camino recto á través del mundo pervertido? El incrédulo por convicción, que no debe ser confundido con el despreocupado trivial, pese á los que erróneamente opinan lo contrario, puede ser tanto ó más justo y bondadoso que el creyente, puesto que su clara noción interior le indica el bien y el mal que puede hacer. Las creencias, buenas, sí, son para aquellos que no saben obrar con justicia ni sacrificarse en la esperaza egoísta de una compensación sin la supuesta gloria del cielo, que no se detienen ante la falta que pueden cometer, más que por el temor al castigo de Dios... Pero el Hombre esencialmente honrado, no necesita religión ninguna, y si la tiene, no le precisa pensar en ella para realizar acciones dignas, ya que las buenas obras deben llevarse á cabo generosamente, con ese orgullo de sí mismo que uno siente ante el Deber cumplido.

JAVIER DE ZENGOTITA

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas  
José Nakens



## La cruz de Cristo

### Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos  
seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA

NOTAS DE PEY ORDEIX

(Continuación)

tratarles sin respeto y de hablar en voz alta de sus debilidades y de sus vicios. El refranero, los cantos populares, las anécdotas, los chascarrillos, los adivinos de nuestras lenguas nacionales, contienen tal número de insultos é injurias á los regulares, que no se explica cómo quienes por tal extremo los ridiculizan, zahieren y menos precian, se arrodillen ante ellos para recibir su bendición y darles hasta su último céntimo.

Si España no tuvo en más de 300 años que duró su dominación en Oceanía la curiosidad de hacer el inventario de las islas que formaban los archipiélagos magallánicos, cómo importarle antes y ahora ningún género de estadísticas; la relativa á las comunidades y congregaciones «no se había formado aún» al terminar el año 1900, según consignó entonces oficialmente el ministro de Gracia y Justicia Canalejas. Algo se intentó después, pero sigue desconociéndose la verdad; quizá la ignoraran los mismos obispos, pues se encuentran á menudo con la sorpresa de un asilo ó de un convento no autorizados por ellos ni por el Gobierno.

El 10 de Abril de 1902, se declaró oficial la *Relación de las congregaciones religiosas de varones y de mujeres autorizadas gubernativamente con posterioridad al Concordato*, y de ella resultan 126 de religiosos y 73 religiosas. Estos datos ni siquiera dan luz para encaminarse en busca de lo cierto, precisamente el 6 de Julio de aquel año de 1902, notificó Canalejas al Congreso, que en los seis primeros meses del mismo habían pedido autorización para establecerse 55 comunidades de hombres y mujeres; todas cuyas pretensiones él negó, sin ser su negativa obstáculo á su instauración; luego existían muchas más de las anotadas en la Relación del 10 de Abril. Todos sabíamos, de ello hicieron gala algunos de sus protagonistas, que contando con la impunidad, aun prohibiéndolo el Concordato y las leyes civiles se instalaban clandestinamente cuantas asociaciones lo creían conveniente.

No presta más luz un estado del ministerio de Hacienda de Mayo de 1911, donde aparece que entonces satisfacían contribución 202 conventos y que se hallaban 325 exceptuados de toda carga, pues no especifica ni podía especificar el número de los que no se hallaban en uno ó en otro caso. El *Anuario eclesiástico de 1904* aparece en este punto aún más deficiente; ni siquiera da cuenta de todas las comunidades concordadas. Nuestro Morote, estudió con detenimiento este asunto en su libro *Los frailes de España*, y consignó que en 1904 los religiosos eran 10.630 y las monjas 40.030, cuya suma, aun descansando en inducciones valiosas, no pasaba de cálculo á ojo de buen cubero; él mismo las escribía entre interrogante y consagraba largos párrafos á probar su inexactitud.

Y con efecto; en un trabajo publicado por el Instituto Estadístico después de la

obra de Morote, aparece que en 31 de Diciembre de 1900 los regulares llegaban á 12.146 varones y á 42.826 hembras; en junto, 54.972. De otra parte, el mismo Instituto, en el avance parcial publicado en 1912, consigna que en 1910 existían 754 conventos de hombres con 8.216 religiosos profesos, y 2.500 con 30.847 de religiosas. Sorprenden las diferencias entre las cifras de 1900 y 1910 dadas por la misma Junta de Estadística; mas yo estimo se resuelve en parte, habiendo en cuenta que los de 1910 se refieren sólo á los *profesos*, sin hablar de los legos y sirvientes, cuyo número en los conventos de hombres llega á casi la mitad de la comunidad. Esto no obstante, ha de reconocerse que los datos de la Junta de Estadística están tomados del padrón de vecinos, notables casi siempre por sus mentiras y que los vientos reinantes aconsejan á las comunidades pasar desapercibidas, no dar ocasión de que se hable de su número y menos del de sus afiliados, y si dejar en blanco ó romper una hoja del censo, no siempre es fácil, cómo impedir, á quien ha de llenarla, que en ella consigne cuanto le venga en mientes? Una estadística de esta transcendencia, fundada sólo en la declaración de los mismos interesados, ofrece todos los vicios de deficiente. No se olvide cuánto aumenta la afición al claustro; que las circunstancias la son propicias y que convertida España en vertedero de las comunidades francesas, si aquí encontraron desde los días de Ferrý, refugio y sustento cuantas se daban por seguidas, cómo no haber hallado uno y otro muchas más, llegadas con ocasión del resultado de las leyes de separación de la Iglesia y del Estado?

El periódico *La Frontera de Irún*, en uno de los primeros días de Octubre de 1901, escribió que llamando la atención el número de frailes y monjas que cada día atravesaban el Bidasoa, se le ocurrió apuntar los que llegaban en los trenes, y la nota correspondiente á seis días acusaba estas cifras: «lunes, 16 monjas y 18 frailes; martes, 13 y 19 respectivamente; miércoles, 12 y 18; jueves, 21 y 14; viernes, 13 y 21; sábado, 11 y 24, ó sea 86 monjas y 114 frailes». No es aceptable deducir de estos hechos que guardándose la misma proporción hayan entrado cada año 3.128 religiosas y 5.472 religiosos; mas sí de muestra que vinieron por entonces muchos, y ha de recordarse que en los Pirineos Orientales está Port Bou, portillo más adecuado para el caso que Irún, y que en los Pirineos Centrales existen multitud de trochas abiertas al contrabando. Tanto extremó España su amor á los religiosos de otras tierras, que en 1900 existían 68 comunidades de hombres y 131 de mujeres, cuyos superiores, sobre ser extranjeros, los más en el extranjero vivían, ofreciéndose en las religiosas el caso de cobrar sueldo de España y perder su personalidad. También Portugal, donde, como en Francia, triunfó el principio de la separación, envió un regular contingente de sus monjas y de sus frailes.

La estadística de la Junta del año 1910 dista, pues, mucho de la verdad, y así lo reconoce la misma Junta al notar que la diócesis de Cartagena sólo dió cuenta de los conventos de causura; que Granada no expresó el número de religiosos de ambos sexos «por no poder concretarlos», y que Toledo los señala «por aproximación».

No es mucho suponer que aun siendo inexactos, se acercan más á la verdad los datos de 1900, que á fin de fundar algunas

observaciones y por no poder sustituirlos con otros acepto, y son los siguientes:

Relación y número de conventos y de sus individuos

VARONES

	Conventos.	Religiosos.
Agustinos.....	28	735
Benedictinos.....	9	278
Camilos.....	2	29
Canónigos regulares..	1	10
Capuchinos.....	23	595
Carmelitas.....	40	700
Cartujos.....	2	53
Cistercienses.....	4	143
Dominicos.....	25	639
Ermitaños de San Pablo.....	4	35
Escolapios.....	56	1.448
Filipenses.....	8	90
Franciscanos.....	80	1.771
Hermanos de la Caridad.....	5	17
Idem de la Doctrina Cristiana.....	37	328
Idem de la Luz.....	1	14
Inmaculada Concepción.....	2	19
Idem Corazón de María.....	38	1.492
Jerónimos.....	1	8
Jesuitas.....	51	1.710
Maristas.....	34	531
Mercenarios.....	9	135
Mínimos.....	2	8

(Continuara)

## Los siervos

por

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

ta pena, el padre aún tenía un consuelo; que era quedar libre de la obligación de criar al hijo.

Así podía dar una satisfacción á la sociedad, á la moral y á la religión, diciendo:

—¿Véis ese chico, que aprovechándose de una debilidad mía ha osado tomar mi sangre en el seno de una mujer vil? Pues para que no creáis que voy á mezclarle con la gente honrada, á la Inclusa lo echo. Afuera estorbos.

\*

\*\*

Y aún dejaba la ley otro medio para satisfacer á los que tuviesen la flaqueza de encariñarse con chiquillos suyos habidos con mujeres «de vil linaje ó malas de su cuerpo».

Este medio consistía en regalar el hijo al emperador ó al rey ó á un concejo de ciudad ó villa; y con decir públicamente: «Este es mi hijo é dolo á servicio del emperador», ó del rey ó de quien fuese, quedaba en libertad de legitimarle.

Y una vez regalado el hijo, quedaba tan legítimo que más no podía serlo.

Entendámonos: esto sucedía si el chico no era hijo de sierva, en cuyo caso la legitimación era imposible.

La causa... Voy á decir la causa.



La servidumbre no está en la ley, está en la sangre. Por cuyo motivo en vano sería querer borrarla, y aunque el siervo se liberte con sus sudores, *«siempre permanece en él una rayx de naturaleza.»*

Aunque después de ser liberto ó forro, debía obedecer al que había sido por derecho y era todavía por natural condición señor suyo, á quien el exsiervo *«estaba tenuto de honrrarle é de guardarse de facerle pesar.»*

Y si así no lo hacía, y daba disgustos al que había sido su amo, éste podía volverle á la servidumbre; pues nunca prescribían sus derechos eventuales al que había sido su siervo.

Y esta aclaración de la Partida IV nos da á comprender el respeto, la obediencia, la veneración que los libertos profesaban al que de un momento á otro podía echar el guante al que no se portase como era debido.

\*\*\*

Volviendo á los hijos, la ley determinaba todos los géneros y clases de los ilegítimos, no porque fuera muy necesario en aquellos tiempos, sino porque advino que andando los siglos las costumbres se corromperían y sería menester poner remedio y orden en las familias y sucesiones.

Así, pues, declaró que había hijos ilegítimos: *fornechos, manzeres, spureos* y notos. Los primeros nacían de adulterio, de parientes cercanos y de monjas; los segundos de burdel; los terceros de barraganas que eran infieles, y los últimos eran de adulterio ignorado del marido y criados en su casa.

El individuo que cometía el exceso de nacer de parientes en cuarto grado, ó de cuñados ó de una monja, era declarado sin padre en el acto mismo del nacimiento, para castigo propio y escarmiento de los que estuviesen tentados de venir al mundo por semejantes medios; cosa altamente reprehensible en los niños, y, como dice la ley, refiriéndose á ellos, *«estos atales non son dignos de ser llamados hijos, porque son engendrados en gran pecado.»* (Part. IV, tít. XVII, ley 2.ª).

\*\*\*

¿Pues qué! ¿Se había de consentir que un feto pudiera impunemente morar largo tiempo en un seno á que no tenía derecho ni siquiera como inquilino, y salir á luz ni más ni menos que si fuera legítimo y pretender que le respondiesen al decir papá y mamá?

A los niños por caridad debe corregírseles temprano, y la ley en este punto no podía madrugar más.

\*\*\*

Hoy que se cacarean tanto las supuestas conquistas de la libertad, conviene advertir para desengaño de muchos, que en aquellos calumniados tiempos el hombre más humilde, en llegando á los veinte años, tenía completa libertad para venderse por siervo.

Y era tal el respeto á la personalidad

humana y á los fueros del padre de familia, que los hijos del que había querido ser siervo, siervos se quedaban para siempre, sin contrariar en lo más mínimo la libre voluntad del que había constituido en servidumbre á su descendiente.

¡Y hoy á los veinte años ni siquiera puede un hombre ejercer el derecho electoral aunque sea hijo de duques!

A eso llaman progreso.

\*\*\*

Y llevaba consigo la servidumbre, además de otras ventajas y compensaciones, la de que si por amparar á su señor mataba el siervo á alguna persona, no se le castigaba por ello.

En cosas suyas, como por ejemplo, en el caso citado de que le pareciese que su mujer adulterase, no podía hacer más que llevar al juez á los presuntos culpables; pero en las cosas de su señor podía y aún debía obrar con todo el ímpetu de que fuera capaz.

Es claro que á él le podía matar su señor *«si lo fallare con su mujer ó con su fija ó fixiese otro yerro semejante destos;»* pero esto mismo prueba que el pobre señor llevaba sobre sí una tremenda responsabilidad en esta vida y en la otra, responsabilidad de que las leyes libertaban al siervo.

\*\*\*

Ni podían cometerse los abusos que suponen algunos; porque si se llegaba á averiguar que un señor matase de hambre ó hiriese cruelmente ó vejase á su siervo hasta el extremo de que éste *«non lo pudiesse sufrir.»* entonces ¿sabe el lector lo que sucedía? Que el juez vendía el siervo á otro, se le daba el despreciable dinero de la venta al señor cruel; y Cristo con todos.

Pero digo mal: si se averiguaba que el nuevo comprador era también cruel para con el siervo, el juez infatigable volvía á vender á éste y entregaba al mal aconsejado señor el vil metal producto de la venta.

\*\*\*

Y el castigo del señor consistía en que por muchos siervos que comprase, nunca podía readquirir el que ya le había sido quitado de entre las manos, y si tenía empeño en molestar cruelmente á los siervos, se había de fastidiar y comprarlos siempre nuevos.

\*\*\*

Por lo demás, demasiado se comprendía la facilidad con que los siervos podrían acudir al juez en queja de sus señores.

No tenían más que ir, si les daba licencia su amo, y pare usted de contar.

\*\*\*

Desgraciadamente hasta lo bueno cansa: tal es la voluble condición humana. Las ciudades italianas se dieron al mal ejemplo de ser libres y ricas, y la codicia del oro y el ansia de entregarse cada

cual á los errores de su albedrío, comenzó á minar el edificio social y entró en desorden.

La clase trabajadora comenzó á apoderarse de los feudos, después que éstos dejaron de ser una representación y condición del servicio militar; los villanos se convirtieron en prosaicos súbditos.

\*\*\*

Después de la última cruzada, un rey de Francia, por la manía de hacer un *calembour*, echó á rodar las seculares ideas sobre la servidumbre.

Quiso decir un chiste y dijo: *«Ser libre es ser franco de toda servidumbre; pues si mi reino se llama reino de los francos, francos quiero que sean sus naturales, y así el nombre estará de acuerdo con la cosa.»*

Y así se desprestigió la servidumbre instituida por Dios mismo; que si no llega á ser por eso...

\*\*\*

Otro rey, tarambana también (salvo de óleo) incurrió en el error de declarar ciudadana á toda la canalla de Spira y otras ciudades, por capricho de robustecer el cuerpo de los burgueses. ¡Cómo si no le importara más á la salvación del alma no desautorizar las doctrinas de los Santos Padres!

\*\*\*

La ley del feudo dejó de ser la ley de la propiedad territorial; la funesta manía de comerciar hizo pasar las riquezas de una mano á otra; donde quiera que el vil trabajo era tenido en estimación y producía algo, se insinuaba el triste afán de las libertades demagógicas; la perversión de ideas y de costumbres fué causa de que los sumos imperantes concedieran tantísimos privilegios, que al cabo fué menester huir de la confusión, y de cien ó doscientos señoríos hacer un reino; y la servidumbre, tan propicia al ejercicio de la humildad, cedió el paso á los horrores de los tiempos modernos.

La feudal Alemania hizo un glorioso esfuerzo y llegó á colocar á los comerciantes en la misma condición que en otro tiempo habían tenido los judíos. ¡Glorioso esfuerzo... pero inútil!

La industria con sus falaces promesas sedujo á la humanidad, y ocho siglos de glorias y privilegios se hundieron en la nada, ó se eclipsaron á lo menos: porque no hemos de perder del todo la confianza en el renacimiento de los buenos tiempos.

Ahora dicen que somos libres. ¡Irri-tante contrasentido!

¿Quién puede decir ahora, yo tengo un siervo? Nadie.

¿Pues entonces, qué libertad es esa?

FIN

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS.  
MONSERRAT, 7.—MADRID.



## La moral clerical

### I

Había en Villavieja un mendigo extraño. Era el más triste y sombrío de todos los mendigos de Villavieja. Jamás le había visto nadie pedir limosna a la puerta de una iglesia, de un teatro ó de un café. El estaba siempre junto á la fábrica de tornillos de Pérez, con su raído casquete, con su chaquetón pardo, con sus calzones amarillos, llenos de remiendos y atados a la cintura con una cuerda. Sus ojos azules, de ordinario apagados, muertos como los de un ciego, se alumbraban á veces con ardientes llamaradas, con fulgores siniestros, relámpagos de protesta y de rebeldía. Una barba rubia rala é hisurta daba a su rostro flaco y verdoso un aspecto singularmente burlesco. Pegado á la pared de la fábrica, con las manos hundidas en los bolsillos enormes del chaquetón, pasaba las horas tosiendo. Era su tos eterna, bronca y lúgubre, una especie de lamento, de quejido dolorosamente prolongado.

Jamás lo había visto nadie tender á los señores que pasaban su mano, para que le pusieran en ella una moneda de cinco céntimos. Antes se la dejaría cortar. Aceptar limosna de los ricos le parecía una humillación, un envilecimiento repugnante y monstruoso. ¡No! También él hubiera sido rico sin la traición que le había hecho la vida, y hubiera sido amado por una de aquellas mujeres provocativamente hermosas que pasaban recogiendo la falda de seda sin duda para evitar el roce de sus harapos, y hasta hubiera dirigido á aquellos hombres orgullosos de su salud y su poder que le miraban con piedad fingida. El buscaba la limosna de los suyos, de aquellos á quienes, como é él, la vida había hecho traición. Era una limosna que no envilecía, que no humillaba.

Los obreros de la fábrica repararon pronto en el extraño mendigo. Algunos se pararon á hablar con él. El les contó su historia, una historia insignificante y triste, la historia vulgar de todas las víctimas del trabajo. Era alemán. Había sido obrero aventajado en su patria. Se había trasladado á España con otros compañeros, contratado para trabajar en una industria que los naturales del país desconocían. Mientras pudo trabajar todo fué bien. Luego enfermó y fué despedido. Se veía obligado á pedir limosna.

Los obreros simpatizaron con él. No era un mendigo profesional, un pordiosero de oficio. Era un camarada á quien había que socorrer. La limosna al alemán llegó á ser considerada por los trabajadores como una carga de justicia.

Era un día de paga. Arrimado á la pared de la fábrica, con las manos hundidas en los bolsillos enormes del chaquetón, el alemán tosía. Los obreros iban á salir pronto. —¡Retírese usted! —dijo una voz aguardentosa y áspera, brutal. —El alemán alzó la cabeza y vió á un poli-

zante. —¿No sabe usted que está prohibida la mendicidad en las calles? —añadió el guardia. Y cogiendo al mendigo de un brazo lo condujo á su domicilio, del cual tomó nota. Al marcharse, le dijo: —Ya se verá lo que hace con usted la junta parroquial. Entre tanto, ¡esperel!

El alemán cenó aquella noche como pudo. Al siguiente día fué visitado en su desván por una comisión, al frente de la cual iba un curita que se parecía como un huevo á otro al polizonte de la víspera. El curita habló: —Se había constituido una asociación de caridad. No se podía mendigar en la vía pública. Al alemán le correspondía ser recluido en el establecimiento X. Allí tendría comida, cama, ropa, todo lo que necesitase... —El mendigo asentía con la cabeza. Iba á estar como un príncipe. El curita siguió hablando: —Tendrá usted de todo, absolutamente de todo. Pero será preciso que cumpla usted escrupulosamente con los deberes de nuestra sacrosanta religión. Comulgará usted cada mes, oirá usted misa todos los domingos y días de fiesta, rezará usted todos los días el santísimo rosario. —El mendigo hizo un gesto de disgusto. Sus ojos azules se alumbraron con un fulgor extraño. Meneó la cabeza y dijo: —¡No, no acepto! —El pobre diablo era libre-pensador.

La comisión se fué. El mendigo quedó sentado en un rincón de su desván. Ya se arreglaría, ya irían á buscarle los obreros de la fábrica. Pero los obreros no llegaban. Se figuraban tal vez que el alemán había muerto. Pasaron dos días, tres, cuatro; el mendigo había agotado todas sus provisiones y los obreros no parecían. Pasaron otros dos días. Sin duda el alemán había muerto ¡pobre camarada! Pero el alemán vivía, si al suyo podía llamarse vivir. Y no pudiendo resistir ya el hambre, salió. Era una hermosa mañana. Se dirigió lentamente hacia la fábrica; por fin, iba á ver á sus compañeros. Y cuando ya estaba cerca, muy cerca... ¡retírese usted!, dijo una voz aguardentosa y áspera, brutal. Era el polizonte de marras. El mendigo fué conducido de nuevo á su desván.

Pasaron algunos días. La portera de la casa, al barrer la escalera alta, observó que en el desván del mendigo no se oía ruido alguno. Llamó á la puerta y el mendigo no respondió. Llamó otra vez, otra vez aún, y nada... Empujó violentamente la puerta, que cedió pronto. ¡Santo Dios lo que allí había! El mendigo se hallaba colgado de una viga por el cuello. Se había ahorcado con la misma cuerda que le servía para atar á la cintura los calzones amarillos. La portera se dispónía á dar parte cuando llegó la comisión de la asociación de caridad con su curita al frente. Todos se miraron atónitos. La portera rompió el silencio: —¡Ya me parecía á mí, era un perro judío! El curita de cara de polizonte miraba al mendigo con ojos espantados...

### II

El curita mira la estampa... ¡Qué her-

mosa es! Qué ojos más traviesos, más juguetones, más pícaros! ¡Qué labios rojos, gruesos, sensuales! La bribona se va á bañar. Con la linda mano vierte un frasco de esencia en el agua tibia. ¡Qué curvas admirables, magníficas, las de sus senos, al echar la cabeza hacia atrás en ademán de pereza deliciosa! ¡Cómo se insinúan las redondas, dúctiles caderas bajo el cendal finísimo! El curita mira con los ojos encandilados, los labios trémulos, la nariz respingada. ¡Se habrá visto descaído igual! La muy liviana prueba el agua con la punta del pie sin reparar en que muestra una pierna tentadora. Parece que siente frío. ¡Qué mohín, don Juan! El cendal va á caer... ¡Qué hombres! Nada, se va á bañar la muy bribona. Decididamente no tiene vergüenza.

Los hombres pasan. Parece que la estampa les tiene sin cuidado. Han visto el cuadro original en el museo; han visto cien reproducciones en los salones elegantes. ¡Hermosa mujer! ¡Cuántas como aquella admiraron en sus noches! La gente pasa. Un bello desnudo, sin duda. Una escena semejante á las que se ven todos los días en las playas y balnearios de moda. D. Juan pasa atusando desdenosamente el bigote mefistofélico. Hasta los niños pasan jugando. Pero el curita mira, mira siempre... ¡Qué descaído, gran Dios! Decididamente aquella mujer no tiene vergüenza.

El curita mira por última vez y marcha. Marcha poseído de santa, de noble indignación. Se encierra en su despacho, toma cuartillas, y escribe. ¡Vaya un artículo! Jamás caballero cristiano rompió tan valientemente una lanza en pro de la moral escarnecida. Oídle...

Pero el lector no oye. El lector sonríe. El lector sabe á qué atenerse. Ha leído «La cortesana de Alejandría»; de Anatolio France, y conoce la historia del monje Pafnucio.

ALVARO DE ALBORNOZ

## El vulgo filósofo

«¡Aiga salud!»

Al entrar ó salir del trabajo pronuncian los obreros esta palabra:

—Salud.

Dicen *salud*, no á la manera de «*m' alegro verte güeno*»; dicen, claro que los más civilizados, «*salud*», como si quisiesen añadir:

—Salud... pa pelear.

Este *salud*, sustituto de *Buenos días*... *Hasta mañana*, ¿es una espontaneidad de los obreros?

En ciertos períodos decía el pueblo y estaba bien: *Salud y Revolución*, *Salud y pretorio*, *Salud y República*, *Salud y pesetas*; pero, ahora, *salud* á secas y de trabajador á burgués ó viceversa, se me figura molesto, reticente.

El saludo de los campesinos andaluces, cuando ayunos de la cuestión agraria y contentos por su resignación crística, alta la frente, decían: —¡A la pá é



Dió, cabayero!, era como una descripción del bienestar de frutado por ambas partes.

La paz de Dios, invocación precursora del trabajo como deber, había de servir para templar la codicia del amo; pero esta bella fórmula, por falsa, se ha ido apagando, tristemente, en los labios del labriego.

Los obreros urbanos, heridos por la naturaleza avasalladora del capitalismo y el desborde del progreso en punto al disfrute de comodidades, han dejado, porque es humano, que se ingerte al problema hondo y trascendental de su justa emancipación, el despecho y la rabia ante el retardo de su triunfo.

¿A qué, pues, decir *salud*, recalcada la palabra, las más de las veces, con rencor de enemigo? No decir nada, sería lo verdadero.

Si dijera: *Aquí estoy ó Aquí estamos*, y el patrono contestase *A trabajar, ó Podéis trabajar*, quedaría difana la posición que durante la jornada corresponde a cada parte. Otros términos, sobran.

A unos empedradores les oí este modo tosco para empezar y dar de manc:

—Aíga salud.

Me pareció comprensivo y filosófico. La vida, que es la salud, se queda a cargo de la acción misteriosa de la Naturaleza; que la *aíga*, afirmaron ellos; como sea y por donde sea, fuera de la voluntad propia ó del deseo ajeno; que la *aíga*, por que salud es vida fuerte, progreso orgánico, especie, humanidad, bien colectivo.

Buena es la frase de los empedradores, mientras la huelga asoma; mas cuando venga, dejémonos de cortesías; y si es forzoso al ponerse frente a frente empezar de algún modo, mejor que hablar, obreros y burgueses podrían saludarse... tocando una matraca...

JOSÉ ALIUS

## Confiteor

I

—Vamos, empieza, Pascual; ¿en qué has pecado?—He pecado en que estuve enamorado lo mismo que un animal.

—No, no pecaste por eso, si en medio de tu pasión no has caído en la tentación de cometer un exceso.

—Señor cura, el caso es que... el exceso he cometido...

—¡Hola, hola! ¿Y cómo ha sido, bribonazo?—Verá usted.

Todas las tardes de Dios íbamos con los ganados Lucila y yo, á dos cercados que están juntitos los dos;

y cuando al son de la esquila pacían tranquilamente, al castañedo de enfrente marchábamos yo y Lucila...

—Bueno, escúchame: no puedo perdonarte sin saber si piensas ó no volver con Lucila al castañedo.

—No vuelvo, no, se lo juro.

—Aunque á jurarlo te atrevas yo necesito más pruebas para quedarme seguro.

—¿Más pruebas? Sí, y voy á darte de plazo un mes nada más.

Al cabo del mes vendrás otra vez á confesarte,

y según lo que resuelvas, tendrás ó no mi perdón.

Por hoy no hay absolución.

Conque, abur, hasta que vuelvas.

—¿Hola, ¿estás aquí, Pascual?

—Como vencía el mes hoy he venido... y aquí estoy...

—Ya veo que eres formal.

¿Empezamos?—Cuando quiera.

—Dime, ¿has vuelto al castañedo?

—Señor cura, tuve miedo

á que usted no me absolviera,

y no fuí. — ¡Qué es lo que escucho!

—Que no fuí ni un solo día,

y eso que el no ir me hacía sufrir mucho, pero mucho!..

—¿Y Lucila?—Hecha una hiena

gime y llora y grita y clama,

y á todas horas me llama

borrico, ¡así como suena!

—¿Borrico?—Sí.—Me lo explico, y piensa perfectamente;

¡eres efectivamente

un grandísimo borrico!...

Y ahora márchate, Pascual...

—¿Absuelto ya?—¡Cómo absuelto!

—¡Señor cura, si no he vuelto!...

—¡Por eso mismo... animal!

EMILIO F. CORUGEDO

## La libertad condicional

Los penados del presidio de Figueras y los de otras varias penitenciarias de España se han dirigido á los representantes en Cortes y á la Prensa en general, en súplica de que se dicte una ley por la que se conceda la libertad condicional á los individuos que, extinguiendo actualmente condena, reúnan condiciones determinadas que les hagan acreedores á dicha gracia.

Precisamente en el mensaje de la Corona, leído por S. M. el Rey D. Alfonso XIII en el acto de apertura de las Cortes, se indica que entre las reformas de carácter jurídico que figuran en el programa del actual Gobierno, hállese la libertad condicional, mediante la que—dícese—contribuirá á la realización del progreso del sistema penitenciario consagrado ya en los pueblos cultos.

Tiempo atrás admitióse en nuestra legislación la condena condicional, por virtud de la que, cuando se trata de ciertos delitos, se suspende la ejecución de la pena. Esta suspensión de condena aplica-se en los casos en que los buenos antecedentes del individuo contra quien recayó la sentencia parece que hacen innecesario el tratamiento penal.

Complemento de la condena condicional ó suspensión de condena es la libertad condicional, que solicitan los reclusos del penal de Figueras. Por virtud

de ella el condenado puede reintegrarse á la vida libre antes de la total extinción de la pena que se le impusiere. La liberación condicional equivale á una abreviación de la penalidad determinada en la sentencia.

¿Bajo qué condiciones solicitan esa gracia los reclusos? No pueden ser más atendibles. Según ellas, deberá concederse la libertad condicional en los siguientes casos:

1.º A todo individuo que llevando extinguidas las dos terceras partes de su condena no haya dado motivo á nueva sanción penal, pudiendo fijar su residencia donde mejor le convenga.

2.º A los que llevando extinguida la mitad de la condena, merezcan por su excelente conducta adelantos progresivos.

3.º Las Juntas de disciplina, según las condiciones del penado, podrán autorizar la salida de éstos al pueblo á prestar sus servicios á las corporaciones ó particulares, debiendo para ello llevar extinguida la tercera parte de la condena.

En la moderna concepción de la justicia penal, la sanción que por los delitos se impone no tiene eficacia como castigo, sino como medio preventivo y tutelar. De ahí las instituciones de la condena y la liberación condicional, ya implantadas en los países de más alto nivel de civilización.

Las garantías que los reclusos proponen se exijan para el disfrute de la libertad condicional son suficientes para que los beneficiados no puedan constituirse en un peligro, ni siquiera en una alarma para la sociedad. Los que reúnan los requisitos indicados en los casos referidos tienen demostrada aptitud para el goce de la libertad, condicionalmente, esto es, á modo de prueba, hasta que, ya completamente rehabilitados, se hagan merecedores á la liberación definitiva.

Los que merced á ese régimen recobran la libertad porque á ella parecen haberse hecho acreedores durante su permanencia en la prisión, quedan sometidos á vigilancia y expuestos á ser encarcelados de nuevo si no es efectiva su enmienda. La libertad definitiva no se les otorga hasta que tienen ya un medio seguro de ganarse la vida con su propio esfuerzo, es decir, hasta que puede darse como cierta su regeneración y en modo alguno son peligrosos para la colectividad.

En este sentido hacemos nuestra la petición de estos penados, y al igual que nosotros, creemos no podrán menos de patrocinarla todas las personas de humanitarios sentimientos y corazón generoso.

El Globo

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.



clavos, la cabeza caída sobre el lado izquierdo y los ojos vidriados ya por la proximidad de la muerte!...

¡Y ellos, sus dos representantes, prodigándose insultos, golpeándose, con las bocas llenas de espumarajos, los ojos inyectados por la ira, allí, delante de El, símbolo de la piedad, de la bondad, de la mansedumbre!...

Y el «¡te bebo la sangre!» y el «¡te como los hígados!», y el «¡allá te va esa!»; y el «¡quítate esa otra!», resonando en el templo alzado para rendir culto al que recomendó el perdón de las ofensas, al que dijo: «¡haz bien á los que te injurian y calumnian!»

De fijo que Cristo murmuró con honda tristeza al ver aquello: «¡Y que me dejase yo crucificar para esto!»

La intervención de los fieles evitó que la sangre corriera por la sacristía, aun cuando no el que los ecos llevarán por las bóvedas del templo palabras de ira, de abominación, de muerte...

Un poeta, creyendo verdad indiscutible lo de que el tiempo acaba con todo, escribió:

¡Ah! Si el tiempo voraz derrumba y traga  
el fuerte roble y la robusta encina,  
si las montañas mueve y arruina,  
sorbe los mares y el volcán apaga...

Pero ese poeta olvidose de que hoy que es eterno, y que durará tres ó cuatro días después de celebrarse el Juicio final: el odio clerical. Luego la regla tiene excepción.

En la misa mayor del domingo siguiente, había aún tal rescoldo de rabia en el pecho de los dos tonsurados, que exteriorizóse nuevamente.

Cuando el párroco pedía humildemente

desde el altar mayor, donde celebraba el santo sacrificio, perdón á sus feligreses por el escándalo en que había intervenido, el coadjutor, que se hallaba en el coro cantando la misa, subió el diapason y comenzó á dar grandes voces, desmintiéndole, denostándole y amenazándole.

Y cual suelen dos gallos lanzarse retos de muerte en ¡quiquiriquís! estrepitosos, así aquellos dos presbíteros, sin respeto al lugar, á la ceremonia, á los fieles ni á Dios, lanzáronse cada quiquiriquí insultante, que hubieran avergonzado á dos rabaneras en pleno ejercicio de sus funciones.

El párroco, creyendo que el coadjutor callaría al oír la campanilla que suena al alzar la hostia, la tocó con insistencia; pero como si no. Tales gritos daba el del coro, que hubieran apagado el son de la campana gorda de Toledo.

Por fin intervinieron en la sagrada pelea los fieles, y entonces la algarabía alcanzó proporciones colosales, se dió por terminada la misa, y...

¡Sostenedme, que desfallezco!...

¡De risa!

1909

## Soldados blasfemos

[ Copio de un periódico clerical:

«No ha mucho leíamos con amarga pena una carta fechada en Melilla y escrita por un capellán del ejército español, en la cual se quejaba de los insultos á Dios que la «boca del infierno vomita por medio de estos infelices soldados que, inconscientes de su malicia, blasfeman como condenados». ¡Quién

sabe si Dios no permite que nuestro Ejército se corone de gloria y de laureles, á causa de aquellos que al proferir las horrendas blasfemias que manchan sus labios, hacen que pierdan la puertería y se desvien las balas!... Que no blasfemen los soldados y corran á la victoria.»

Tiene razón el buen capellán. Mientras nuestros soldados blasfemen, no vencerán jamás á los marroquies. Entre un infiel probado y un cristiano blasfemo, todos los cuidados de la Providencia deben ser para el primero.

Es realmente deplorable que nuestros soldados no se convenzan de que, para vencer á los moros, nada tan eficaz y decisivo como alabar á Dios.

¡Qué espectáculo más hermoso sería oír á los soldados que caen heridos estas higiénicas palabras: «¡Bendito sea el Señor, que nos da la muerte sin merecerla!»

¿Pero qué hablo de morir? No habría bala de rifleño que matase á un soldado español, si en lugar de proferir las horribles blasfemias á que ese capellán alude, entrase en lid cantando el ¡*Ruja el infierno!*

Y buen ejemplo de ello nos dejó la última guerra civil. ¿Murieron en ella muchos carlistas? No, ninguno. ¿Y por qué? Porque todos llevaban el escapulario del Sagrado Corazón de Jesús con el preservador ¡*Detente, bala!*

Y ahora que hablamos de escapularios.

¿Se ha provisto ya de ellos á todos nuestros soldados? Que se haga cuanto antes si no se ha hecho. No hay blindaje mejor para rechazar las balas enemigas.

1913



## Precaución inútil

El arzobispo de Santiago, en vista del incremento que va tomando el latrocinio rural no obstante las santas misiones, ha solicitado que se autorice á los párrocos de su archidiócesis para el uso de armas.

Acaso el príncipe de la Iglesia, llevado de su natural bondadoso, haya creído útil una cosa que es, ó perjudicial en grado sumo, ó de una utilidad perfecta.

¿Qué uso podrán hacer de las armas esos santos varones que, piadosamente pensando, no han manejado más que las espirituales ni reñido más batallas que las del Señor, contra la impiedad, el liberalismo y otros errores?

Digan lo que quieran los enemigos de la Iglesia, apostaría á que no hay entre los subordinados del arzobispo compostelano ni un solo presbítero que sepa meter una bala en el cuerpo de un prójimo á diez metros de distancia.

Pues si bien es cierto que hubo muchísimos que deshonraron los venerandos ropajes eclesiásticos mezclándose entre las hordas carlistas, de fijo que al terminar la campaña les recogerían los obispos las licencias, por haber contribuido á derramar ó haber derramado por sí mismos la sangre de sus hermanos. Pensar otra cosa sería injuriar á los virtuosísimos prelados españoles, enemigos declarados de cuantos se dedican á robar, violar, asesinar é incendiar.

Y no habiendo en aquella diócesis, como en ninguna otra de España, presbíteros que sepan manejar un fusil, ¿para qué ponerlo

en sus sagradas manos? Una frágil caña en las de un niño sería arma menos inofensiva.

Por lo tanto, paréceme que ese ilustrísimo señor se ha equivocado de medio á medio, y que, en vez de formar milicias sagradas, debería pedir que se rodeasen de Guardia civil las casas parroquiales para que no volviera á tenerse noticias de un robo sacro.

Es posible que á los párrocos no les agradara esta medida, porque á nadie nos gusta tener vijías permanentes para saber si entramos ó salimos, si lo hacemos á tal ó cual hora, si solos ó acompañados, si con las manos ocupadas ó vacías. Pero ¿qué remedio? Cuando se trata de garantizar intereses respetables no debe repararse en pequeñeces de esta naturaleza.

Además, el señor arzobispo tampoco ha caído en que pudiera hallarse trasconejado en cualquier sacristía un cura *trabucaire*, y darle un arma podría traer fatales consecuencias. Un cura de esa clase con un fusil, debida y legalmente autorizado, se basta y se sobra para dar cuenta, no digo de una población, de una provincia.

Renuncie por tanto su ilustrísima á su inocente cuanto terrible propósito, y se hará digno de lucirse en un altar con el tiempo.

1886

## Y dijo: ¡Mú

Un marido de esos que dejan á su esposa entenderse con hombres de Iglesia en nombre de la libertad de conciencia, entró en su casa en Salamanca, y sorprendió á la suya

entregada fervorosamente á cierta comprensible ocupación con un fraile.

Cerró furiosa y denodadamente la puerta del cuarto, y corrió en busca de testigos que evidenciasen la piedad acendrada de su cónyuge y la sublime caridad del reverendo; ignorando yo si los presos se dijeron entre tanto: "perdidos por uno, perdidos por mil,, y aprovecharon el rato.

Difícil es omitir opinión en casos de estos: yo sospecho (salvo error de pluma ó pelo córneo) que no todos los católicos casados hubieran podido sustraerse á las excitaciones del cuarto pecado capital; antes bien creo que hubiesen tirado de estaca ó revólver, y...

Pero más vale que haya ocurrido como lo he relatado; de esta manera ha cumplido ese modelo de prudentes con el precepto de sobrellevar con paciencia las flaquezas del prójimo, y evitado uu escándalo que acaso redundara en desprestigio de los siervos de Dios.

Bien mirado, los maridos ortodoxos no tienen derecho á tomar esos incidentes por lo trágico. Saben, por la tradición y por la historia, cómo las gastaban en este punto los frailes de antaño; y como los de ogaño no dan motivos para que se dude de sus bríos cuando de arremeter á hembras se trata, claro es que, en buena lógica, no puede exigírseles que tengan más vergüenza.

Así, á echarle tierra al asunto, y al que un fraile se los dé, un cura se los bendiga.

O viceversa.

1901

(Continuará)